

Área de justicia, paz e
integridad de la creación



LA SANTIDAD COMUNITARIA SIGNO PROFÉTICO PARA EL MUNDO DE HOY

Fr. Arturo Purcaro O.S.A.

En 2007, el entonces prior general Robert Prevost – actualmente Papa Leone XIV - en su carta a los superiores mayores de la Orden de San Agustín en América Latina después del encuentro conclusivo del Proyecto Hipona Corazón Nuevo escribió:

Hay otros muchos e importantes frutos del mismo proceso que quisiera destacar y que brevemente resumiría en los cinco siguientes:

La centralidad del sentido comunitario de nuestra vida y nuestro trabajo, de nuestra identidad y santidad: un elemento fundamental de nuestro carisma, que sin duda ha sido aclarado, promovido y fortalecido, tanto en la teoría como en la práctica, durante estos años.

La importancia del diálogo como camino de comunión, a todos los niveles, desde la experiencia de diálogo, reconciliación y comunión que las comunidades de América Latina intentaron hacer realidad desde el comienzo del proceso.

La necesidad de programar y evaluar de forma seria y participativa, no sólo nuestras acciones sino también nuestra vida, como una forma moderna de la ascesis y una exigencia para poder vivir y actuar con fidelidad y eficacia.

El convencimiento del valor de prácticas y estructuras recuperadas y revitalizadas, como la oración comunitaria, el capítulo local, los ejercicios y retiros, la colaboración a diversos niveles en campos como las vocaciones y la formación, la pastoral, la misión.

La toma de conciencia del desafío de la conversión permanente, para poder vivir nuestro ideal y superar las deficiencias que hemos constatado: individualismo, rutina y miedo al cambio, incoherencias en relación con la práctica de la pobreza y falta de mayor compromiso con los pobres,



dificultades para leer la realidad desde la fe y encarnar un mayor empeño misionero¹.

Mucho ha cambiado en América Latina desde 2007, en la Iglesia y en la Orden de San Agustín también, pero resalta la manera en que se agudiza la experiencia del individualismo en nuestras vidas, acompañado por las incoherencias señaladas en aquel momento. Por eso, urge más ahora que en ese tiempo asumir más plenamente la santidad comunitaria como signo profético en y para un mundo mejor.

La vivencia de la santidad comunitaria

Todo comienza con la comunión; su fundamento teológico se sitúa en el seno de la Trinidad, la comunión existente entre Padre, Hijo y el Espíritu Santo. La vocación humana, su misión, es vivir en comunión, con las hermanas y los hermanos, con la naturaleza y con Dios.

La Trinidad es el origen de la comunión eclesial que camina históricamente hacia la comunión definitiva y plena. En el camino, la Iglesia busca servir de señal inteligible e instrumento a través del cual la humanidad hace presente en la historia su vocación fundamental. Y la vida religiosa, dentro de la Iglesia, sirve a esta misma misión, desde la particularidad de su carisma, y ofreciendo singular testimonio de la comunión fraterna en medio del mundo cada vez más fragmentado o atomizado, progresivamente desmembrado por la fuerza centrípeta de la búsqueda desordenada del bienestar individual.

La Trinidad, como comunión perfecta, no sólo es la fuente y el modelo para la Iglesia y, por tanto, para la vida religiosa; es también la meta escatológica hacia la cual tiende. En el camino hacia el ideal de la comunión perfecta, la comunidad agustiniana en América Latina intenta vivir un proceso de revitalización para ser más fiel a su identidad y a su misión. Para eso, la Orden de San Agustín ha señalado a la santidad comunitaria como el dinamismo integrador del proceso de revitalización hacia la comunidad agustiniana ideal, al servicio de la nueva evangelización en comunión con la Iglesia particular.

Por santidad comunitaria se entiende la participación en la comunión trinitaria, por medio de la vivencia de la espiritualidad de comunión y el uso de medios eficaces por vivir la eclesiología de comunión promovida por el Concilio Vaticano II.

¹ Carta a los superiores mayores y comunidades de América Latina. Roma, 26 de junio de 2007. Secretaría General de la Curia Agustiniana, Roma.



Ya que la comunión no puede quedar reducida a un vago afecto, sino que debe ser una realidad en progreso, urge identificar medios concretos que la comunidad eclesial puede asumir para ofrecer como respuesta al clamor de la inmensa mayoría por una Buena Nueva, ofreciendo un testimonio visible y creíble de que la comunión es posible. Corresponde a los agustinos en el continente explorar la manera de situarse proféticamente frente a la nueva realidad emergente en América Latina al servicio de sus necesidades más urgentes.

Se descubre así la clave de la renovación pastoral promovida por el Concilio Vaticano II en una espiritualidad renovada. Es indispensable entrar en diálogo con América Latina desde la santidad comunitaria. El dinamismo que mueve la comunidad agustiniana en el continente encuentra su corazón en la santidad comunitaria, entendida como una manera de relacionarse, tanto con Dios como consigo mismo, con los demás y con la misma creación, conforme la concepción de Dios en que se basa la eclesiología de comunión y en coherencia con la espiritualidad que la expresa. La santidad comunitaria es una participación en la vida trinitaria, el intento consecuente de vivir en comunión la plenitud de vida que brota de la Trinidad, una comunión de amor.

Las estructuras, de por sí, necesitan ser auténticas, flexibles y funcionales; de lo contrario no expresan la realidad ni promueven el sano crecimiento en los valores que pretenden encarnar, sino que más bien pueden provocar una reacción contraria. La misión explícita de los Agustinos en América Latina es potenciar las estructuras propias de la Orden, según sus Constituciones, estructuras y medios probados a través de los siglos, pero que necesitaban adaptarse y adecuarse a las circunstancias nuevas – algo así como la misión que *Perfectae caritatis* encomendó a la misma vida religiosa – para poder responder desde valores perennes a nuevas exigencias.

Para encarnar la espiritualidad conforme a la eclesiología de comunión, es necesario vivir de manera más plena el carisma agustiniano y plasmarlo en el apostolado comunitario. Un apostolado comunitario entendido como vida fraterna (que para los agustinos es un apostolado en sí, por el testimonio de la vida en común) y como actividad apostólica realizada en, con y desde la comunidad, evangelizando con un claro sello comunitario; como especialistas en crear y promover comunidades, impregnando de espíritu comunitario toda obra pastoral.

En el ámbito de una parroquia, esto significa promover y sostener las comunidades eclesiales de base y otras comunidades menores, creando y utilizando las estructuras mínimas de comunión (como el consejo pastoral parroquial y el consejo de asuntos económicos), trabajando como



equipo pastoral, insertados en la pastoral de conjunto de la Iglesia particular, en comunión plena con el obispo.

En un centro educativo, de igual forma, significa promover el espíritu comunitario, un sentido de corresponsabilidad en la actividad pastoral, animar el protagonismo de los laicos, sin distancias ni rangos, como llamados conjuntamente a crecer en santidad, insertándose en la Iglesia particular. Significa también ofrecer una educación sin discriminación, con igualdad de oportunidades para todos, implicando a los estudiantes en un compromiso concreto con la sociedad y su entorno, especialmente con los analfabetos y excluidos.

Al emplear medios más comunitarios para planificar, ejecutar y evaluar el trabajo pastoral (como el trabajo en equipo, el diálogo y discernimiento comunitarios, la planificación participativa), y al tomar en cuenta el plan pastoral de conjunto de la Iglesia particular donde se sitúan, las comunidades agustinas podrán vivir más plenamente su propio carisma, su vocación al servicio – como comunidad – de la Iglesia. Así, la Iglesia misma resulta beneficiaria de una comunidad religiosa comprometida a poner su carisma al servicio de la Iglesia particular en función de forjar mayor comunión.

San Agustín era muy realista. Tenía ideales, evidentemente, y muy explícitamente quería vivir el ideal de la primera comunidad cristiana de Jerusalén, donde la comunión vibraba en la unión de corazones y almas, en la comunión de bienes materiales y espirituales. Pero para hacer realidad ese ideal, Agustín fue muy sensato. Su brevísima Regla de sólo ocho capítulos cortos reconoce en múltiples renglones la peculiaridad, la particularidad, la unicidad de la identidad de cada religioso, con sus limitaciones y defectos, mientras pide a todos poner por delante el bien común, el bien de los demás. Se trata de construir una comunidad no perfecta sino en camino, con tendencia consciente y firme hacia la perfección, hacia la comunión.

Los medios pastorales de la santidad comunitaria también implican vivir la promoción y la corrección fraterna, porque todavía no se ha llegado a la vivencia plena del ideal de la comunión entre todos. Mientras tanto será necesario y oportuno reconocer la presencia de Dios, dónde y cómo se manifiesta en cada persona y en su comportamiento, a igual que señalar los vacíos, las lagunas que indican la necesidad de crecer todavía, permitir así al Dios-comunión llenar los vacíos y rebajar las barreras que separan.

De igual forma, por medio de la planificación participativa la santidad comunitaria hace saber a todos, sin excluir a nadie, que su opinión vale, que su aporte es apreciado, que tiene algo precioso y único para ofrecer al conjunto. La invitación constante a participar en el proceso refuerza sencillamente la convicción de que Dios está presente en cada persona, que toda creatura es imagen y semejanza del ser divino y su vocación es vivir en comunión como la misma Trinidad.



En los medios que dan corporeidad a la santidad comunitaria favorecen la experiencia de comunión para así encarnar así la espiritualidad de comunión. Apuntan hacia la manera de mantenerse fiel al ideal, de vivir de forma anticipada e incompleta el ideal mientras que está en camino; así hace de los medios una vivencia lo más plena posible de los valores que uno quiere gozar en el ideal; todo eso constituye el tesoro escondido de la Regla de san Agustín y nuestro proceso permanente de revitalización de la Orden en América Latina.

Un corazón nuevo, un espíritu nuevo, una vida nueva: todo un reto, todo un don. Pero un don recibido para compartir. Al compartirlo, se expande, se abre y produce mucho fruto, que hace mucha falta en nuestro mundo de hoy.